



temor a la pérdida, a la inseguridad paleolítica, se parapeta en una máscara, en una materialización, es ahí cuando el mundo de los hombres empieza a tener la esperanza del sentido constructivo, idea plenamente artificial, pero punto de partida para definir, comparar, tener la ilusión de la posesión y del saber. Tener algo (cosa o persona) calma al mundo, hace el mundo, a fin de cuentas creemos ser lo que hacemos, incluido lo que no hacemos, la no acción, elemento que en teatro puede tener enorme potencia dramática –en relación al sentido intencionado para la comunicación de las ideas–. Así el teatro nace para mostrar el mundo, para construirlo en el límite de sus

lenguajes, pero ello es la brevedad misma en el desarrollo socio-histórico y espacio-temporal. La contemporaneidad, con su mirada múltiple, aguda, crítica, carente de padre, bastarda e irónica, dice No a la forma, la descarna, la destruye, como queriendo gritar, esta máscara no sirve, es sólo latex de mala calidad, no representa el contenido del hombre, es aparente. Así se propone la otra mirada. El espejo que reflejaba lo que no se quiso ver, la imagen de nuestra degradación (propuesta Pirandelliana, por cierto), no alcanzará su propósito, y así seguimos sin vernos. En una lucha por hacer más coherente y próximo lo interior con lo exterior, más cercano el "Yo" individual con el

"yo social" (imagen, esta última, articulada y planificada para vendernos mejor, para caernos mejor), continuamos en el quimérico e idealista accionar que aspira encontrar la manera perfecta de hacer formas que fundan los opuestos. Para algunos, ese será el momento estético, la cercanía con la divinidad, el objetivo del arte; para otros, sólo ideas trasnochadas.

Mostrar lo oculto y, ojo, no de manera pornográfica (idea peregrina del acto de mostrar), es seductor, invita, lubrica, da vida, entretiene, entusiasma. Sacar a la luz ayuda, duele, descomprime, es sano; mostrar la parte del cuerpo más fea reconcilia. Saber las miserias del mundo, las de

La **urgencia** de **indagar**

Gregory Cohen

Una pregunta:

¿Puede ser un debate como *La Indagación* perverso, placentero y reflexivo al mismo tiempo?

En *La Indagación* la descripción de los hechos es tan clara y llana que uno logra ver, re-escenificar, la violencia, el humor negro y el desprecio como una sola cosa. Alardear sobre estos hechos no haría más que atenuar su efecto. Esa es la paradoja tremenda de este tipo de obras. Abofetea al espectador con la mano limpia, sin guantes, ni manoplas. La paradoja está avalada por la realidad. Nada más teatral que un nazi pateando a un recién nacido. Nada más teatral que un preso describiendo su proce-

so de tortura y el lugar, con olores, metros cuadrados, temperatura, con la misma precisión que merece el primer día de clases o la primera experiencia sexual.

La Indagación nace tan pegada a la realidad que ya viene con el drama encima. Por eso es intrínsecamente irónica. *La Indagación* es tan avasalladora que uno necesariamente tiene que renunciar muy luego a entenderlo todo. Al hacerlo puede bucear en otros detalles: los gestos, los sub-textos, la ironía, el placer de escuchar el texto sólo por escucharlo, un placer brutal, con música propia. El placer estético aparece enredado con el llanto contenido, las risas, los temores, y la perversión. Tal como so-

mos todos los seres humanos.

La Indagación toma la forma de juicio, pero en el fondo es un descarado debate.

Otra Pregunta:

El Campo... ¿sigue en nosotros?

En relación a la obra de Peter Weiss, sería muy útil tener una razón muy objetiva para insistir en su calidad como tal. Sin embargo, todo se vuelve absolutamente visceral. Sabemos que es un testimonio, que debemos repetirlo y recordarlo una y otra vez, pero desde el punto de vista teatral, ¿es teatro? Es exactamente la re – presentación de un hecho que conmovió al mundo. Y nos sigue con-

las personas, las nuestras, nos ayuda a intentar vernos, a conocernos, nos hace más sabios. Al apropiarnos de lo desconocido, llenamos nuestros vacíos, nuestros huecos, tenemos la pretensión de la plenitud, entramos en comunión con otros (con los que nos hacen ver y con todos los que adhieren afectivamente al mensaje), compartimos la información y finalmente nos sentimos parte de algo, nos transformamos en seres que creen determinadas verdades, es ahí cuando sentimos que no estamos solos, que somos parte de un mundo más que material, volvemos reconciliados al origen, aunque sólo sea por unos momentos.

Eugenio Barba, afirma que el arte

del teatro y del actor pretende inyectar un "veneno" al espectador. Aquí es importante la palabra en sí, ya que no creo sea gratuita. Durante un tiempo estimé que Barba pudo haber querido decir pócima, o droga, o sea, algo que abra los sentidos, que haga tener la ilusión de la visión y que producto de la convulsión desatada en



Foto: Ramón López

moviendo... y uno piensa que nunca más, y piensa que así como se han renovado los socialistas, los nazis también han hecho lo propio. Pero... ¿qué me diría usted, si le cuento que el otro día me encontré con un orgulloso militante nazi convencido de que el error no fue la guerra sino que el exterminio no haya sido total?

Y cuando le digo orgulloso, es poco para lo que él sentía en relación a su agrupación política. Un muchacho arriesgado, vendedor de una gran tienda de Santiago, que en un acto de osadía o valentía, pues arriesgaba su venta, se confesó sin remilgos: "Yo soy un facho"... Como me negaba a creerle, sacó su billetera, la abrió, y agregó: "Yo soy esto" y en un rinconcito estaba pequeña, pero increíblemente grande y poderosa, la swástica.

Entonces, fue cuando me apareció la pregunta de siempre, la que no logro contestar, y le dije: "¿Qué hace

que usted haya optado por excluir al que no cumple con las normas que usted quiere imponer, y qué hace que yo haya optado por tratar de integrar, y llegar a acuerdos con ese otro?"

Me miró con ojos sorprendidos. Y aquí viene la paradoja. Uno puede interpretar esa mirada como la de un loco... pero también como la de un idealista, la de una persona que huye del modelo social, y de las zapatillas, y refugia su corazoncito en esa swastica, porque ella recoge el verdadero sentido de existencia para él. Lo más peligroso es que, hoy en me-

dio de la carencia reflexiva y la apatía, ese muchacho puede llegar a ser atractivo y consistente para otro, pues tiene un "punto de vista", donde los crímenes son meros detalles, trámites para obtener una sociedad más justa.

Por eso es importante que se haya realizado este montaje y que se reproduzca por todos lados. Hoy hay mucho teatro, mucha novela, mucho cine, no siempre mucha reflexión y verdadero debate.

Los campos de concentración y tortura siguen latiendo hoy por todos lados, incluso en los malls. ●